



Las ensoñaciones masculinas pulverizadas por “la literatura femenina”

Luis Alberto Cardozo González

Estudiante Licenciatura en Lengua Castellana, Universidad del Tolima.

Todo ser que nace para ser libre y es esclavizado termina por derribar a sus custodios y a los barrotes que lo encierran, aunque éstos sólo sean de viento.

Silvia Rodríguez Bravo

En la imagen que proyecta la literatura a través del tiempo, se evidencia que ésta adquiere su valor epistémico al ser aceptada por el canon literario, el cual devela la posición del hombre respecto al cómo y sobre qué se escribe; así la literatura femenina se construye como un subgénero literario al margen del patriarcado, al igual que la literatura gay o de negros. Dotada de una actitud revolucionaria que permite invertir los imaginarios en torno al ser mujer y la visión absoluta e impositiva del hombre en los espacios sociales e históricos. De esta manera construye nuevas interpretaciones en lo referente al rol social de la mujer, el cuerpo, el mundo interior, entre otros.

Este marco de reflexión lo consigue la pluma femenina desde un lenguaje rico en descripciones, lírico y metafórico, permitiéndole deambular en sentidos plurívocos más cercanos al dolor, al placer propio de cada mujer. Al respecto Vanegas, menciona que en “la literatura escrita por mujeres se hace un especial énfasis en el sujeto femenino al ser hablado, discursado, intervenido desde una voz muy propia, desde una voz que comparte su identidad y sensibilidad de género” (2011, p. 307). De modo que las prácticas de escritura y lectura, permiten sumergirse en la intimidad de los personajes. Reevaluando el acto corpóreo, por medio de la enunciación poética empleada en las narraciones.

En ese sentido, la narrativa femenina impregna un carácter subversivo en las estructuras patriarcales en varios aspectos; entre ellos se enmarcan unos hechos desde una visión más subjetiva, recurrentes denuncias sociales y la exaltación a la poética del cuerpo. Para enfatizar mejor en algunos tópicos claves se recurre a la escritora pereirana Ana María Jaramillo, nacida en 1956, autora de la nouvelle *Las horas secretas* publicada en 1992.

En ella, realiza una denuncia social sobre los acontecimientos ocurridos en Colombia: la toma del palacio de justicia en 1985, donde ingresa a desdibujar los imaginarios del pueblo colombiano al poner en evidencia los malos manejos del Estado. Valiéndose del relato de la voz femenina, aquella mujer que no posee nombre es la encargada de contar la historia desde su yo, desde la postura más profunda de su ser, permitiéndose narrar un hecho histórico desde una mirada diferente, más subjetiva, constante, “no visible” en el orden patriarcal. De este modo deja translucir la imagen de la mujer latinoamericana como aquella que se encuentra inmersa en conflictos armados, partícipe de los problemas políticos.

Se entiende que en *Las horas secretas*, la protagonista se ve rodeada por el grupo armando M-19, la guerrilla de ese momento histórico en Colombia. Sin embargo, la autora realiza un tratamiento de esas situaciones y las trasciende mediante el lenguaje. De esta forma en su libro el discurso se humaniza, dado que aunque la escritora es objetiva en el abordaje de la temática, inviste la obra de un enfoque íntimo

a través de una postura propia sobre el hecho de la toma del palacio de justicia. En otras palabras, el suceso histórico se enmarca dotado de un tratamiento lógico subjetivo, entonces lo interesante no recae sobre el hecho concreto, sino en el cómo lo experimenta el personaje. Para ilustrar: “No escuchó sus ruegos pidiéndole que defendiera la vida de los magistrados y empleados....No deseó saber nada de ese presidente de la Corte tan independiente que iba a condenar a su ministro de Defensa por torturador” (Jaramillo, 1996, p. 72).

Así, en *Las horas secretas* al humanizar el discurso desenmascara el Estado, interesado en pretender ocupar al pueblo en acontecimientos que revistan sus falencias, “solo había una cosa que este gobierno sabía con certeza: que al pueblo hay que tenerlo de tragedia en tragedia, así no piensa en el poder, pues están tan ocupados siendo solidarios unos con otros” (Jaramillo, p. 72). Por ende, Jaramillo se vale de la denuncia como medio de concienciación “ya habían matado a casi todo los guerrilleros y magistrados. Al fin estaban solos, sin poder judicial, con los tanques desfilando por las calles como carrozas con reinas de belleza” (p. 71). Reflejando así una posición política enraizada al contexto colombiano de la época.

Lo anterior es posible en el momento en que la mujer se apropia de la palabra, renombrando y simbolizando su mundo, relativizando el patriarcado; así los temas tabú: la intimidad, la homosexualidad, el goce son focalizados en su narración. Por tal motivo, se incursiona en la reivindicación del cuerpo femenino; don-



de éste, desde la perspectiva del hombre en el siglo XIX se encaminó a construir la esencia arquetípica de la mujer fatal, cuyas características son la voluptuosidad y el fin trágico que les ofrece a sus amantes. Es decir, visto como un objeto al servicio del hombre, anhelada y temida, la viva encarnación de los delirios placenteros y voraces del hombre; imagen de reduplicación entre la madre y la amante, desdibujada precisamente por el lenguaje que asume la mujer.

Dentro de este panorama, en su inconsciente colectivo el hombre anhela a la mujer que las letras y el cine perpetúa, si bien, lo cohibe en la realidad concreta al negarlo “estereotipando sus conductas a fuerza de tradición y costumbres, marcando a fuego la senda que como mujer debe transitar” (Carnero, 2005, p. 2), fragmentando la exploración del yo femenino e imponiendo una simbología peyorativa y machista sobre ella. En *Las horas secretas* se vislumbra la corporeidad a modo de goce y admiración. En su trama se realizan varias alusiones al cuerpo, la sexualidad, la desnudez, la menstruación, siempre teñidas de orgullo, placer, exaltando la reivindicación del mismo (cuerpo).

De modo que se realizan explícitas referencias a los fetiches sexuales a través del lenguaje erótico y agitado: “me subí sobre su cuerpo y empecé a besarlo...llegué a la cintura, desabroché el pantalón, bajé el cierre y con mi lengua recorrí su sexo” (Jaramillo, 1996, p. 64). Transgrediendo el perfil de ingenua que le otorga la tradición, explorando el sexo oral sin ninguna restricción, tomando el control de su cuerpo

sin aludir al pecado o impurezas; transmutando los prejuicios sociales por el placer. De acuerdo con Vanegas, “la narrativa femenina, con las diversas situaciones que se adiestran en sus líneas presenta también un lenguaje desmontador del ideal socio-cultural de mujer, haciendo denuncia del sometimiento y la violencia simbólica a la que se ha visto expuesta” (2011, p. 306).

En cierto sentido, la literatura femenina asume un carácter de rebeldía y justa reivindicación por el sometimiento y el papel proscrito que le asignó el hombre en la narrativa. De ahí que en sus temáticas recurren a la denuncia por la marginación y rechazo que le atañeron los condicionamientos sociales durante siglos. Es gracias a la apropiación de la palabra literaria, que esta novela es capaz de redefinir el término mujer, reestructurando las representaciones de la sociedad, con el fin de valorar el rol femenino desde sus experiencias, sus vivencias y limitaciones, no en función de la sociedad sino de ella misma.

Referencias

- Carnero, Silvia. (2005) *La condición femenina desde el pensamiento de Simone De Beauvoir*. A Parte Rei. Revista de filosofía.
- Jaramillo, Ana María. *Las horas secretas*. Ediciones sin nombre. 1996. México.
- Rodríguez Bravo, Silvia. (2013) *El despertar del silencio*. Disponible en Internet: <http://www.letralia.com/107/ensayo03.htm>. 23/08/2013.
- Vanegas Vásquez, Orfa Kelita. (2011). *Lectoras, lecturas y presencias desde la “literatura femenina”*. Planilla educativa. Manizales.